Los principios esenciales de la sociedad moderna

Con objeto de comprender claramente la direccion que va tomando el desarrollo de la sociedad, y para ver lo que se ha adquirido hasta ahora por medio de la evolución progresiva, y lo que podemos esperar a conquistar en lo futuro, debemos de considerar detenidamente, primero de todo, cuales son los caracteres más distintivos de la sociedad moderna y del Estado moderno.

No hay para qué decir que la sociedad, tal cual es actualmente, no es el desarrollo lógico de cualquier principio único fundamental aplicado a la infinita variedad de las necesidades de la vida humana. Lo mismo que cualquier otro organismo viviente, la sociedad representa, al contrario, un extremado resultado complejo de miles de luchas y males de transigencias, de supervivencia del pasado y de aspiraciones hacia un mejor futuro. El espíritu teocrático de la remota antigüedad, esclavitud, imperialismo, ilotismo, la comunidad de la Edad Media, las viejas supersticiones, y el nuevo espíritu—todos estos están más o menos representados con todos los posibles grados, en las sociedades de los presentes tiempos. Sombras del remoto pasado, y líneas generales del futuro; hábitos y costumbres tan antiguadas como la Edad de Piedra, y aspiraciones hacia un futuro el cual difícilmente puédese percibir en el horizonte—todos estos han se encontrado en nuestras aglomeraciones humanas del presente, luchando una contra otra en cada individualidad, en cada incubadero de la sociedad, y en cada generación.

De todos modos, si consideramos las grendes luchas, las grandes revoluciones populares que se han realizado en Europa y América desde el siglo XII, vemos salir distintamente un principio en todas estas luchas. Todos los movimientos revolucionarios de los últimos ocho siglos iba dirigidos a la abolición de lo que sobrevivió en la antigua esclavitud en su forma mitigada: "Servidumbre".

Todas estas luchas tuvieron por objeto, unas veces, liberar a las populaciones rurales, y otras, a los habitantes de pueblos o ciudades, o ambas, "del trabajo obligatorio" que fué impuesto sobre ellas por la ley, con ventaja de los amos. Reconocer el derecho de cada hombre de disponer a su voluntad sus fuerzas personales, el derecho de hacer el trabajo que el mismo escoge, y cuando a él le guste hacerlo, sin que nadie tenga el derecho legal de "obligarle" a hacer este trabajo—en otras palabras, la liberación de la "personalidad" del campesino y del artesano—esto fué el objeto de todas estas revueltas populares. Los levantamientos de las columnas en los siglos X, XI y XII; las insurrecciones de los campesinos en los siglos XV y XVI en Bohemia, Alemania y en los Paises Bajos; las revoluciones de 1381 y 1648 en Inglaterra; y finalmente, la Gran Revolución de 1789-93 en Francia—todas tuvieron este propósito.

***

Es verdad que el objetivo de estos levantamientos fué tan sólo parcialmente conseguido. En proporción, a medida que el individuo se iba emancipando a sí mismo, ganando su libertad "personal", nuevas condiciones le fueron impuestas, al objeto de paralizar su libertad, forjando nuevas cadenas, y volviendo al viejo yugo bajo la amenaza del hambre. Un ejemplo demostrativo se dió cuando los siervos rusos, liberados en 1861, fueron obligados a pagar por su liberación con el desempeño de las tierras que habían cultivado durante muchos siglos, lo cual significa pobreza y miseria y la exposición de una nueva esclavitud económica. Y lo que se hizo en Rusia se hizo también en una forma u otra en toda la Europa occidental durante los siglos XVII y XVIII. La compulsión física desapareció, pero se establecieron nuevas formas de opresión. El ilotismo personal fué abolido en las leyes del Estado, pero reapareció en una nueva forma—"la esclavitud económica".

Sin embargo, con todo esto—teóricamente, en "Ley"—se ha proclamado como principio fundamental de nuestra sociedad moderna. En teoría la libertad del trabajo ha sido proclamada como el derecho de cada uno. Según la ley, el trabajo ha dejado de ser obligatorio para todo el mundo. Ya no existe ninguna casta de esclavos que estéu obligados a trabajar para su amo; y cuando menos, en Europa, ya no existe más que una clase de hombres obligados a dar a su amo tres días de trabajo cada semana a cambio de poder usar un pedazo pequeño de tierra, a la cual el siervo antiguamente quedaba atado a ella toda su vida. Todo el mundo—al menos bajo la ley—es considerado libre para trabajar a donde le plazca.

***

Y a pesar de todo sabemos cuán ilusoria, cuán irreal es esta supuesta libertad. Millones y millones de hombres, mujeres y niños están forzados todos los días, bajo la amenaza del hambre, a dar su trabajo al amo, aceptando las condiciones impuestas por éste. Y sabemos también, y tratamos de hacerlo comprender por las masas, que bajo el nombre de tierra-rentada, casa-rentada, interés, ganancia, etc., que se le paga al poseedor del capital, el obrero industrial y el jornalero agrícola continúan dando, a varios amos en vez de uno, lo mismo que antes pagaban tres días de trabajo al propietario para poder cultivar un pedazo de terreno o simplemente para vivir bajo su techo.

Sabemos aún más: que si algún día un economista llega a hacer una verdadera "economía política y calcula todo lo que diferentes amos—el que emplea a los obreros, el propietario de casas, el poseedor de tierras, los innumerables intermediarios, los rentistas, el Estado, etc.—pagan directa o indirectamente sobre los salarios de los obreros, uno se maravillaría al saber lo poco que se invierte para pagar a los otros trabajadores, cuyos productos son consumidos por todos los trabajadores. El obrero difícilmente se imagina cuán pequeña es la parte que se paga al trabajador agrícola, el cual, ha producido el trigo que él consume, el albañil que construyó la casa que habita, los que han tejido y hecho los trajes que viste, los muebles que tiene en su casa, etc. Uno se maravillaría al saber lo poco que invierte el capital para pagar todo aquello que los trabajadores producen y otros trabajadores consumen en comparación a la inmensa parte de ganancia que va a llenar los cofres de los barones feudales de nuestros tiempos.

***

De todos modos, este robo que se comete contra el trabajador no lo realiza el amo por imposición, según la ley. Para este propósito existe un mecanismo especial, enteramente complicado, inmoral e irresponsable. En nuestros días, el obrero da, lo mismo que en los tiempos antiguos, una parte considerable de su vida trabajando para los privilegiados; pero ahora no se hace bajo el látigo del amo. La esclavitud ya no es obligatoria para el cuerpo, como lo era en los tiempos feudales. Ahora el esclavo es arrojado por las calles y se le obliga a vivir en barrios pestilentes; se le ha reducido a que nunca pueda satisfacer su hambre, y se le fuerza a ver morir a sus hijos por falta de alimentación y de higiene; se le constriñe a pedir limosna en su vejez o a encerrarse en asilo. Pero no se le llevará al cuartelillo de policía a recibir una tunda de azotes por haber cosido mal una prenda de ropa o por no haber arado bien un campo, como pasaba en los tiempos de nuestra juventud en la Europa oriental, haciéndose antes en toda la Europa.

Bajo el sistema presente de cosas es a menudo más feroz y despiadado que los antiguos—el hombre, de todos modos, tiene un sentimiento más elevado de la libertad personal. Sabemos que para el proletariado tal sentimiento es casi una ilusión; y todavía debemos reconocer que todo progreso moderno y todas las esperanzas para el futuro están basadas sobre este sentimiento de libertad, a pesar de las limitaciones que pueden haber.

El hombre más mísero, en los obscuros momentos de su abatimiento, no cambiaría su lecho de piedra bajo un arco de puente para obtener el alimento diario del esclavo, con las cadenas inclusive. Más que esto: el sentimiento, el principio de la libertad personal, es tan querido al hombre moderno, que continuamente vemos grandes populaciones de trabajadores pasar hambre y toda clase de privaciones y presentarse delante de las bayonetas de sus tiranos, solamente para mantener algunos derechos conquistados.

Las huelgas más obstinadas y las revueltas populares más sangrientas de nuestros días, se producen más a menudo por cuestiones de derechos que por cuestiones de salarios.

***

El derecho a trabajar en lo que el hombre escoja para hacer, mientras tanto pueda escoger, queda siendo "el principio" de la sociedad moderna. Por consiguiente, la principal acusación que nosotros cargamos a la sociedad, es que esta libertad, tan cara para el hombre, es continuamente reducida a una ficción, ya que se coloca al trabajador bajo la necesidad de "vender" su trabajo al capitalista, siendo el Estado moderno el instrumento principal para mantener al trabajador bajo la necesidad, por medio de monopolios y privilegios que continúa creando a favor de una clase de ciudadanos, en detrimento de los otros.

Empieza, sin embargo, a ser una creencia general que el principio fundamental, con el cual todos estamos de acuerdo, es evadido continuamente por medio del gran desarrollo que toman los sistemas monopolizadores. El que no posee nada es una vez más el siervo de aquellos que poseen, porque está obligado a aceptar las condiciones de los poseedores de la tierra, de la fábrica, de las casas, del comercio, etc.; se le fuerza a pagar al rico—a todos los ricos—un inmenso tributo, como una consecuencia del monopolio establecido. Estos monopolios llegan a ser odiados por el pueblo, no solamente debido a la vida holgazana que garantiza a los ricos, pero principalmente debido a los derechos que ellos dan a los monopolizadores en contra de la clase trabajadora.

Por consecuencia, la gran falta que encontramos en la sociedad moderna es que, después de haber proclamado el principio de la libertad del trabajo, ha creado tales condiciones la posesión propiedad, que "ellas no permiten al trabajador ser el amo de su trabajo". Ellas han anulado este principio y han colocado al trabajador en tal condición, que "debe" trabajar para enriquecer a sus amos, y perpetuar, como si lo fuera, su propia inferioridad. El está obligado a forjar sus propias cadenas.

Pues bien; si es verdad que el principio de la libertad del trabajo es realmente caro al hombre moderno; si él repudia el trabajo servil y anhela la libertad personal, entonces el camino que debe seguir todo revolucionario es bastante evidente.

El repudiará toda forma de disfrazado ilotismo. El trabajará para poner un fin al estado de cosas en el cual la libertad llega a ser una palabra vacía. El tratará de conocer las causas que imposibilitan al obrero de ser el dueño de su propio cerebro y de sus manos, y se dedicará a la abolición—por la fuerza, si es necesario—de los obstáculos que se oponen a esta libertad.

PEDRO KROPOTKIN

El proceso Beilis

Todos conocen más o menos la leyenda que en Rusia corre de boca en boca sobre los israelitas, como sacrificadores de víctimas humanas en sus ritos religiosos, y Beilis, uno de aquellos israelitas, estuvo acusado de haber sacrificado cierto número de mujeres y niños en holocausto de sus dioses, pero la revista israelita que aparece en Buenos Aires con el título de *Stralien* ha organizado una información con el propósito de saber cual era la opinión de los hombres de letras y de los pensadores, y la redacción hace la pregunta en los términos siguientes:

"Frente a la civilización moderna ¿qué opina usted de la acusación jurídica llevada a cabo en Rusia últimamente, basada en la leyenda que presenta a los israelitas como sacrificadores de víctimas humanas en sus ritos religiosos?"

La contestación que sigue es la de nuestro compañero el poeta Alberto Ghiraldo que por lo sintética y razonable demuestra a las claras cual es la opinión que tienen los anarquistas sobre la llamada civilización moderna.

Hela aquí:

"Sería el caso de preguntar primero: ¿frente a qué civilización? ¿A la que, según la gráfica frase, quema, empala y decapita aún, en todas las latitudes del globo por el crimen de pensar? ¿A la que persigue y mata a tiros a los ladrones de menor cuantía en la primera de las ciudades del mundo contemporáneo—he nombrado a Londres—respetando y ensalzando a los formidables despojadores de la riqueza común? ¿A la que en Francia encarcela a los estudiantes militaristas, vale decir, de la guerra, el crimen más nefando que hayan cometido los hombres? ¿A la que en América—joh, tierras de Sam!—ahorca a los propagandistas de la idea más elevada, más amplia, más fraternal y más pura concebida por las mentes? ¿O a la que en Rusia y la Argentina deporta, encarcela o confina por el delito de expresar por la *palabra* escrita o hablada, sentimientos dignificadores de la especie?

"Sostengo que la interrogación falla por su base, puesto que lo existente con el nombre de *civilización moderna* es toda vía una ilusión, un espejismo con el cual se consuelan los cerebros encargados de prepararla.

"¿Como hemos de asombrarnos entonces de que al judío Beilis se le procese, tomando como base de la acusación judicial una leyenda forjada en una nación de la cual han tenido que huir, para salvar sus vidas, flores de humanidad tan excelsas como Kropotkine y Gorki? Dicho queda, pues: la interrogación falla por su base...

ALBERTO GHIRALDO"

Por la propaganda

Después de reflexionar profundamente sobre el problema importantísimo de la enseñanza científica racional, los hombres se han agrupado animados por el propósito de dar a conocer los medios de levantar el espíritu progresivo de la humanidad.

Hasta hace poco no ha habido esa relación íntima que debe existir entre los educadores y los que tienen la misión de velar y ayudar a la implantación de la verdad demostrada. Ahora, teniendo en cuenta la buena voluntad y las elevadas miras que guían a los propulsores de la nueva ciencia pedagógica, se siente la necesidad apremiante de una orientación bien definida que pueda conducir a la meta posible de las aspiraciones ideológicas.

Afortunadamente, muchos individuos van despojándose de todo egoísmo abyecto y de toda vanidad personal, porque han adquirido la convicción de que nada hay tan sagrado como la escuela, puesto que en ella se han de formar esas generaciones fuertes que han de empujar a la humanidad hacia el camino de la dicha. Creen firmemente que obra tan grandemente emancipadora, está por encima de todo principio dogmático y bien merece toda la abnegación de los que se interesan por el advenimiento de la justicia social. La sabiduría o la fatuidad pueden ser suplidas ventajosamente por el amor al progreso, y la firme voluntad de lucha animará con fuerza generosa la continuación de un trabajo que puede dar resultados eficacísimos.

Conformes con la iniciación pedagógica de la Escuela Moderna, ella ha de ser la inspiración para robustecer las energías que los maestros desarrollan en beneficio de sus educandos. Los que no estén suficientemente preparados en la noble profesión de la enseñanza, encontrarán en las publicaciones profusamente divulgadas en pro del racionalismo un método eficazpara resolver dudas, aclarar conceptos, desvanecer errores e impulsar el estudio constante de una cuestión tan primordial, cuya magnitud no puede encerrarse en estrechos escusivismos, sino que ha de abarcar los vastos horizontes de la constante renovación que la mentalidad y las necesidades de nuestra época reclaman en beneficio de las futuras generaciones. Se ha de demostrar a la gente vegetativa que hay quienes piensan en las ideas de liberación y que un criterio escarecido puede hacer prácticas decisiones escolares. Precisa para esto el apoyo y el concurso de todoslos que poseen buena voluntad, y que cada uno se haga digno de la confianza que en él depositen los demás, asumiendo la responsabilidad que se impone como ser consciente que participa de la lucha candente entre los errores atávicos y las demostraciones científicas. El afán primordial ha de consistir en mantener la pureza del ideal que en sí lleva la educación integral para ambos sexos y la actitud ha de ser francamente hostil contra toda tendencia regresiva oproposición ruiinatia, pero dando la mayor amplitud de discusión, pues al comprender la extensión progresiva de tal idea, debe admitirse con entusiasmo toda reforma que se presente a disminuir las dificultades estacionarias que puedan interceptar el camino del éxito.

Estando convencidos de la necesidad de renovar la escuela, debemos ponerse los esfuerzos para organizar una enseñanza verdad, y con paciencia perseverante no hay duda de que los éxitos serán cada día mayores en el terreno de la educación y de la instrucción, tan necesario al desarrollo del individuo y de toda la humanidad.

M. COSTA-ISCAR

(De *La Escuela Popular*, de Buenos Aires).

El Socialismo Gremial

Un compañero de Bilbao ha tenido la ocurrencia, que agradezco, de enviarme *El Liberal*, que extracta una conferencia de Maeztu en Eibar sobre el tema que me sirve de título, y que fué recibida con grandes salvas de aplausos.

Si los aplausos significan admiración de la elocuencia, pueden pasar como tributo al arte; mas si se consideran como aprobación de los pensamientos expuestos, los trabajadores de Eibar están equivocadísimos.

Me interesa mucho desvanecer esa equivocación, y al efecto me propongo desvanecerla en lo tocante a alguno de los puntos principales; los demás, faltos de base, se perderán en el vacío; no valen la pena de mencionarlos.

Suponiendo exactitud en la reseña periodística, dice Maeztu:

> Se trata de pensamientos que están como en el horno, que no ya de pensamientos hechos y pregables; pero puesto que llevamos un siglo en España en que monárquicos y republicanos, autoritarios y socialistas, no han hecho más que traducir ideas extranjeras, esta noche nos vamos a permitir el lujo de hablar de una idea que todavía no está hecha, sobre la cual no hay libros escritos y que apenas ha empezado a vivir en las cabezas de diez o doce europeos.

Esa afirmación es inexacta; no se halla el socialismo gremial a que se refiere empezando a vivir en la cabeza de una docena de europeos, puesto que movimientos gremiales o sindicalistas hay, aparte de muchos y grandes en Europa, en Africa del Sur, en América del Sur y del Norte, en Asia y aun en Australia, en todo el mundo, sino que vivió clara y brillante en las cabezas de los delegados del Congreso de Barcelona de 1870; ni tampoco los españoles hemos traducido en este asunto ideas extranjeras, sino que los extranjeros las han tomado de España, como lo manifiesto y probado diferentes veces, afirmando que la Confederación General del Trabajo de Francia cuenta, entre las causas de su fundación, la influencia española.

Hay una prueba aplastante contra esa inexactísima afirmación. Véase: la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en el bienio de 1911 a 1913, abrió un concurso, terminado el 31 de diciembre de 1913, para el tema

Origen, desarrollo y transcendencia del movimiento sindicalista obrero

ofreciendo el premio de 4,000 pesetas.

Por cierto que trató este tema y presentó su trabajo, trabajo importantísimo que he tenido el gusto de leer, un joven anarquista-sindicalista, y hasta el presente no se ha publicado el fallo del jurado. (Mucho me temo que ese retraso se deba a escrúpulos burgueses ante la lógica racional sindicalista).

Además un tipógrafo barcelonés, inspirado en aquel tema, ha escrito y viene publicando por entregas el *Sindicalismo Internacional*.

Eso sin contar la inmensidad literaria que representa el conjunto de la prensa obrera internacional y el gran número de folletos y aun libros sindicalistas escritos en todos los idiomas.

Claro es que cuando la Academia se propone dilucidar el tema sindicalista es porque lo ve vivir, no en una docena, sino en docenas de millones de cabezas. ¿Cómo ignora esto Maeztu?

Si Maeztu hubiera estudiado el socialismo en las cosas y en los hechos al mismo tiempo que en los libros; si sus estudios tuvieran un objeto más personal y más elevado que escribir crónicas periodísticas para diarios burgueses; si se despojara de cierta aristocrática superioridad intelectual, y si recurriera más a la razón que a la imaginación, sería mejor para todos; su fama de intelectual tendría fundamento sólido y además no perturbaría la inteligencia y la voluntad de los trabajadores de Eibar y de los lectores de *El Liberal* con su desdichada conferencia, ahorrándome el trabajo de rectificarle por segunda vez.

Continúa Maeztu:

> Esta idea es la del socialismo gremial o sindicalista, que es una tentativa de encontrar una unidad sintética en que dentro de algunos años puedan unirse las dos corrientes en que está dividido actualmente el socialismo europeo: el socialismo propiamente dicho y el sindicalismo.

He ahí otro error: no dos corrientes, sino una corriente principal que sigue la vía progresiva a través de un cauce dificultado con obstáculos, y una sangría o una desviación, subdividida en varias desviaciones, destinadas a evaporarse y a perderse en árido desierto, es lo que ve Maeztu como aquellos de quienes se dijo que tienen ojos y no ven.

El socialismo, derivación y progreso del movimiento popular comunista de la Revolución francesa es una continuación de los recalcitrantes o exaltados de 1793; de Babeuf en 1795; de Fourier, de Blanqui hasta la Internacional, en la cual, no obstante la utilitaria y autoritaria, frente al ideal francamente emancipador de los anarquistas, se desvió y se empantanó en el parlamentarismo, la cooperación, el mutualismo y el reformismo.

De modo que lo que se entiende por sindicalismo, en vista de que la palabra *socialismo* se ha prostituido como tantas otras del vocabulario político, representa la corriente única del movimiento comunista emancipador del proletariado.

Me he fijado especialmente en los puntos indicados de la conferencia de Maeztu, porque es preciso dejar bien sentado lo que intentan negar constantemente de manera directa o indirecta los escritores burgueses, que la emancipación del trabajador ha de ser su propia obra, y en ella, los inteligentes de la burguesía o de cualquiera de las ramas del privilegio, cuando a ella vienen de buena fe son unidades como cada individuo con mayor número de iniciativas si han recibido instrucción y educación superior, pero sin ningún mando, jerarquía ni dirección; cuando no, son sencillamente perturbadores.

Si yo pudiera ir a Eibar desarrollaría ampliamente las afirmaciones que opongo a las de Maeztu; pero ya que esto es imposible para mí, valiéndome del corresponsal de TIERRA Y LIBERTAD en esa población, tengo el gusto de enviar un ejemplar de mi libro *Hacia la Emancipación* a la biblioteca de aquel centro obrero para si aquellos trabadores tienen a bien leer en él cuanto expongo acerca del sindicalismo.

Más aun: Si en Eibar hay algún amigo y compañero mío, convencido anarquista, que quiera prestar a la causa un servicio y a mí un gran favor, le pido convoque con urgencia a los trabajadores de esa población en local a propósito, y les lea en mi nombre los capítulos del VIII al XII de mi citado libro como una conferencia titulada *El Sindicalismo moderno*, dándome anticipado aviso.

Ese medio me parece adecuado para desvanecer la confusión producida por Maeztu con su conferencia, no sólo en los puntos que dejo señalados, sino en otros, que no expongo ni rebato por falta de tiempo, y también porque temo que no estén bien expresados por el periodista autor de la reseña.

ANSELMO LORENZO

Clamor de presos

En Chinchilla en el pico de una riscosa montaña, nevada las dos terceras partes del año, hay un penal donde el preso es tratado peor que las bestias, gracias a dos flamantes Ayudantes que han obtenido el cargo por oposición después de un largo estudio que de poco les habrá servido pues no creo hayan encontrado en asignatura alguna el encomio del atropello al preso.

A Palomeque y Moltó, que así se llaman los desalmados, si es cierto lo que nos comunican desde allí, lo mismo les importa mandar a los "cabos" o a los de la "ronda de vigilancia" apalear a algún penado que, distraído, yendo con la cabeza descubierta, no les haya saludado, que coger un grueso garrote y romper algún hueso del desgraciado que haya de tal forma delinquido.

A estos señores les secunda el Administrador señor Rojas, que a más de hacer de su cargo una mina de oro, también se solaza agrediendo impunemente a los penados.

Si el señor Director del Penal no mirara y respetara tanto su edad, y se dedicara un poco a corregir estas anomalías indignas de ser cometidas por hombres que si a algo están destinados es a mitigar los sufrimientos de los caídos (que por esto y por nada más, está constituida la escuela de criminalogía), dentro de poco volvería el Penal a su estado normal.

Si este señor no hace nada en este sentido ¿no se podría llamar la atención del señor Director General de Prisiones?

Próximo a agotarse la edición del ALMANAQUE DE TIERRA Y LIBERTAD PARA 1914, rogamos a los paqueteros que les hayan sobrado ejemplares, se sirvan devolverlos a la mayor brevedad, al objeto de poder servir los pedidos que se nos hagan. A la vez les encarecemos la más pronta liquidación.

VIAJE

Para el compañero Cardenal

(A la memoria de Gorki)

Parpadeaban las doradas estrellas como chispas de oro, ornando el azul obscuro del inmenso manto firmamental. La pálida luna, como flotante globo de plata, voltea en los infinitos espacios, rodeada de nebulosos encajes gironeados. La carretera, como monstruosa serpiente cenicienta, desparrama los dos filas de árboles que, cual fantasmagórico ejército de sombras, se extendían uniendo el dormido villorrio con la estación. Era la hora en que la luz, hundida tras montañas, dejaba que por todo el horizonte se tendiera la cortina inmensa Habíamos dejado al pueblo entregado a la placidez de su reposo y nos dirigíamos presurosos a tomar asiento de tercera en el coloso reptil de hierro que nos conduciría a la capital dentro de su voluminoso vientre de madera

Llegamos a la estación al mismo tiempo en que el monstruo daba al viento su estridente y agudo pitazo de sirena y, avanzando sobre los rieles, dejaba ver sus rojizos ojos iluminadores e impertentes y exhalaba infernales bocanadas de humo negro en danza de chisporroteantes luminarias. Fuése disminuyendo la velocidad; el encargado dió «vía libre»; el vehículo entró en agujas; dióronse las reglamentadas contraseñas; el tren paró se en firme a presión de sus automáticos frenos y el trasiego de viajeros, que bajaban y subían, algarabiaron por algunos momentos el anden y salas de espera. Dióronse las convenidas señales y las preventivas voces de aviso; funcionaron los silbatos, bocinas y campanillas; los purgadores comenzaron a despedir sus blancas nubes de cargado vapor y, lentamente, el colosal monstruo puso en movimiento sus remos, arrastrándose, pesadamente, en deslice sobre su camino de hierro. La uniforme aceleración animó el movimiento: hízose más suave el traqueteat de los vagones; el ruido de roces y golpes se convirtió en más confuso, y la serpiente se internó en la obscuridad con vertiginosa carrera de increíble velocidad. Las horas pasaban veloces y el espacio recorrido aumentaba disminuyendo la distancia que nos separaba de la capital. Por entre las ventanillas del coche veíamos pasar como fantasmas, en atropellado tropel, las sumbras de los árboles y palos del telégrafo y como embrujados encantos las chumberas y luces del camino. Un prolongado aviso de sirena, como ay lastimero de impresión aterradora, nos anunciaba la proximidad de un tunel y el repril, que en su seno nos llebaba, se internó en el agujero, atravesando la cadena de montañas que nos separaba del otro valle.

En nuestro departamento viajaba una jovencita enlutada y simpática. Representaba tener veintidos años proximamente. Era alta y de una esbeltez que llegaba a los límites de lo delgado. Blanca y de sonrosadas mejillas nacaradas. Con celestiales ojos de un caprichoso azul soñador. De rizada cabellera dorada de rubia de una muñeca gentil. Finísimos labios rosa guardadores de una brillante sarta de diminutos dientecitos marfileños y deliciosa barba que hacía bellísimo contraste con su recta nariz. Bonísimos pechos de virgen que ocultaban con la escultural delicadeza de sus bien delineados contornos. Manos que parecían hechas para cortar flores, para acariciar niños y para arrancar salmodias melodiosas a las teclas de un piano. La dulce y melancólica tristeza de apacible poesía se retrataba en el rostro de aquella sentimental y le imprimía el sello que el sentimiento de la Belleza graba en los enamorados del Arte.

Al subir al coche, le saludamos con una reverencia que ella supo contestar con una graciosa inclinación de cabeza y una preciosa sonrisa; mas no pasó de ahí y, abriendo un libro, que tenía en el asiento junto a ella, prosiguió la lectura, sin que, durante mucho tiempo, se mezclase en la conversación que, sobre el Ideal, entablamos mi compañero de viaje, Prieto y yo, para distraer el ocio durante el camino. Hablábamos encomiando las excelsitudes y magnificencias de nuestra Idea cuando, al girar la conversación, recayó nuestra charla acerca del concepto que teníamos sobre el «amor libre y puro del Amor». Su crítica a que nuestra sana lógica sometía la convencional mentira de los actuales «matrimonios indisolubles». Al llegar a este supuesto tema, y cuando más animados nos hallábamos en nuestras divagaciones, la joven, cerrando el libro y con una ingenua y natural familiaridad, digna de aplauso, mezclóse en la conversación que veníamos sosteniendo y, con una sencillez inimitable dijo: «Permitidme, queridos camaradas, que entre a formar parte de vuestra reunión. Los conceptos vertidos hasta ahora no me hacen dudar de que me encuentro entre compañeros y esto me basta para echar mi cuarto a espadas. Yo también, como vosotros, mis hermanos de Ideal, anhelo el derrumbamiento de los presentes e hipócritas convencionalismos y ansío la implantación de una dichosa era de Paz y Amor. Yo, como todos los adoradores de la Verdad, combato las mentiras del presente. Yo, uniendo mis escasos esfuerzos a los de todos los enamorados de la Belleza, amo el Arte y con él convivo. Y también yo, joven mujer, rebelde por mi juventud, que mira al porvenir, y digna por mi dignidad de sexo, que aspira a la igualdad, como todos los defensores de la Bondad, trato de extirpar la venenosa semilla de la maldad presente. Y también, como todos los Cristos, como todos los predicadores de Paz, como todos los sembradores de Verdades, camino por el calvario, azotada por los verdugos, condenada por los Césares y no comprendida por la ignorante masa de corifeos aclamadores y siervos adúlicos que llevan sobre sus hombros el yugo que los tiranizan sin protestar.»

Así habló, con arrebatadora elocuencia y con entusiasta convicción, aquella joven Ideal; y desde aquel momento establecióse entre los tres viajeros la comunicativa reciprocidad, cariñosa enlazadora de cerebros que piensan igual y de corazones que sienten lo mismo.

Calló la joven y de sus radiantes pupilas lucérticas se desprendieron dos tranquilas perlas líquidas que rodaron, humedeciéndolas con su beso ardiente, sobre las encapulladas rosas de sus mejillas, cual diamantina constelación de aquellos soles.

Largo rato estuvimos hablando sobre el tema del Amor y, avivados en deseos de saber e instigados por la curiosidad, hubimos de preguntarle hacia dónde viajaba, cuál era su rumbo.

«—Queridos hermanos—nos dijo,—hásteos saber. como desde el extranjero de la obra de Gorí, que camino siempre hacia el país de mis sueños: hacia la parte donde el sol se eleva «verso la parte donde se lleva Il sole», hacía Oriente: con rumbo hacia la venturosa ciudad de la Paz y del Amor. No tengo patria: mi patria es toda la Tierra. No tengo familia: mi familia es toda la Humanidad. No tengo hijos: mis hijos son todos los niños: mis hermanos son todos los hombres: mis padres todos los ancianos: mi lema Bondad, Verdad y Belleza. Viajo desde mi infancia, sembrando Ideas Redentoras, dulcificando corazones, fortificando cerebros, secando lágrimas, domando voluntades, enseñando Ciencia, destruyendo errores y prejuicios, dando salud al enfermo, sembrando al humillado, pan al hambriento, potencia al abúlico, vestido al desnudo, sabiduría al ignorante, libertad al esclavo. Yo visito al artista en su taller y doy aspiración e inspiración a sus obras: yo visito al maestro en su escuela y le enseño a formar de los cándidos niños de hoy los hombres buenos del porvenir; hago ver las profundidades de la mina y recorro el campo y me interno en la fábrica y visito las bibliotecas y en todas partes predico la Nueva Religión. Yo entro en las cárceles, en los cuarteles, en los presidios, en los antros del vicio como en las míseras pocilgas del dolor y la escasez, y en todos sitios encuentro lágrimas y lamentos y dolores y ayes, con los que enciendo el fuego de las injustas indignaciones y rebeldías. Yo visito universidades, círculos, museos, castillos, claustros y palacios y en todas partes denuncio el perfume de mis esencias. Por eso, yo he viajado mucho; mucho viajo y aun me queda mucho que viajar, hasta llegar al país feliz de la Armonía: al bello país de mis sueños; sueños que han de convertirse en vividas realidades He sufrido, sufro y aun he de sufrir crueles persecuciones, castigos tan inmerecidos como cruentos; el desprecio de los poderosos y el odio de los pobres por merecer serlo: la burla cruel de los imbéciles; el suicida desdén e indiferencia de los irredentos ilotas, que no me comprenden. Sufrí el rigorismo que los tiempos desencadenan contra los que se anteponen a sus épocas. Mucho he de recorrer a caballo, en coche, en ferrocarril, en automóvil y en aeroplano, pero más aún me queda que caminar a pie por las heladas estepas, por el cálido desierto y por las sierras peñascosas Seguiré llamando a las puertas de las míseras chozas y a los pórticos de los suntuosos alcázares. Visitaré caseríos, aldeas, pueblos, villas, ciudades, y cortes, dando al viento el esparcidor toque de mi heraldica trompeta auguradora de futuras reivindicaciones. Tengo aún que besar las inmáculas frentes altivas de los que sepan morir en defensa de mi Sublime Ideal y me quedan muchas gotas rojas de sangre que recoger con mi sudario de las vertidas en los dantescos infernos del inquisidor trabajo. Mi errante peregrinación es larga y penosa, como largo y penoso es el parto feliz de las grandes concepciones. Soy la incansable propagandista del Amor Inmenso que no sabe rendirse, que no quiere, que no puede rendirse jamás.—»

Así habló aquella mujer, viva encarnación del Ideal hondamente sentido, y puso tal fuego en sus palabras, que parecía el hada misteriosa de un sueño de poeta, arpegiadora de las salmódicas estrofas melodiosas de dulces canciones de Amor y Poesía. Habló la joven con el tierno corazón henchido de venturosas esperanzas y con el cerebro rebosante de vivificadoras convicciones, con el extásico arrobamiento que le produjera una negativa visión de cuanto decía.

El silencio revolotó por algunos momentos a nuestro alrededor y el ensimismamiento hubiese seguido largo rato, si la cristalina y dulce cascada de simpática voz de nuestra nueva y querida compañera no hubiese roto el mutismo. -

«—Yo se unir—prosiguió la joven,—se unir en estrecho lazo de amoroso cariño a los hombres, sin distinción de sexo, raza, clase, ni nacionalidad. Convierto en hermanos a los que creyeron ser enemigos irreconciliables. Mi lógica pulverizadora derriba los pedestales de los falsos ídolos tiránicos y establece el imperio de la Razón Convierto los templos en talleres y las cárceles en escuelas. Los cuarteles son transformados en granneros y las armas en aperos de labranza. Mi demoledora piqueta derrumba las covachas antihigiénicas y mi plana edilica casas de salud. Mi antorcha convierte en cenizas los libros falsos y mi telescopio arranca secretos a lo infinitamente grande, a la vez que el microscopio rebusca y conoce lo infinitamente pequeño. Arranco el poder de los dioses y doy inmortalidad a la materia y eternidad a la energía. Mi acción todo lo abarca, sondea y examina. Nada ni nadie se libra de mi crítica razonada. Soy el espíritu del porvenir que se remueve en las entrañas del presente y pugna por salir a la vida, rasgando el claustro materno, aun cuando para conseguirlo tenga imperiosa necesidad de provocar la hemorragia inevitable »

El vehículo disminuyó su velocidad y, a la presión de sus pneumáticos, paró en firme. Habíamos llegado a la capital. Nos despedimos estrechando la Una mano de nuestra misteriosa compañera de viaje, que debía seguir la interminable ruta de su carrera eterna y, confundidos con la balumba de gente que llenaba el anden, pasamos al otro lado, desde donde un coche nos condujo a la hospedería que habíamos de ocupar durante nuestra estancia en la ciudad.

Desde entonces, quedó grabada en nuestras mentes la impresión de la ideal viajera que «caminaba—como el extranjero misterioso de «El 1.° de Mayo»—verso la parte donde se leva Il sole».

ZOAIS

Azuaga.

¡Ojo! ¡Ojo! ¡Ojo!

Esta es la consigna que usan entre sí los carceleros para *recomendar* a los presos que tienen "entre ojo", cuando éstos son trasladados de una prisión a otra.

¡Ojo!, ¡ojo!, ¡ojo!, quiere decir mala conducta tres veces. Al *agraciado* con tan *especial recomendación*, más le valiera que le pegaran cuatro tiros para ahorrarse de ser amarrado en blanca y apaleado bárbaramente a su ingreso en el, nuevo para él, antro de tortura. Y no hay para qué decir, que dicha *recomendación* la llevan casi todos los que no se prestan a ser "chivatos" o pródigos en dar regalos, aunque su conducta dentro de la prisión haya sido mil veces mejor que la de los preferidos.

Pues bien; yo entiendo que debemos usar entre nosotros la misma consigna, para *recomendar* a los funcionarios de Prisiones que más se distinguen por su crueldad y explotación para con los encarcelados.

Con el fin de que los apaleadores no sean confundidos con los que no lo son, y para que por donde quiera que vayan sean recibidos por el pueblo como merezcan según su conducta, es conveniente publicar una filiación, lo más completa posible, de sus señas personales, vicios y costumbres que tengan.

Firme, pues, en mi propósito, inauguro esta pequeña sección con el tristemente célebre Antonio Santamarina, de cuyas hazañas se ha ocupado varias veces Marcelino Suárez, en las columnas de la prensa y en el folleto "Ecos de las cárceles españolas".

Dicho Santamarina, tiene las siguientes señas personales: es de estatura regular, más bien pequeño que alto, delgado, barba y bigote afeitados, cara de pocos amigos, lleva muchas veces anteojos negros, está calvo, usa camisa obscura unas veces y encarnada otras y anda caído adelante.

Cuenta en su haber con las siguientes hazañas, entre otras muchas, la de haber sacado de la cárcel de Oviedo en 10 de enero de 1912, a la noche, al recluso Daniel Marina, (esto después que dentro lo habían apaleado, entre él y una pareja de la guardia civil hasta tirarlo al suelo) y le estuvieron apaleando hasta la una, dejándole en tal mal estado, que no pudo regresar a la cárcel por su pie, no obstante lo cual, lo amarró en blanca en una celda húmeda y lo tuvo a pan y agua por espacio de muchos días, quedando Daniel Marina, como consecuencia de lo dicho, inútil para siempre.

En 5 de agosto de 1912 y como resultado de un plante promovido por su intransigencia y crueldad para con los presos, mandó a dos guardias de seguridad y al empleado José Alonso Suárez, apalear a los reclusos Fernando del Prado Fernández, Manuel Suárez y Remigio Llaneza hasta derribarlos al suelo, donde él les pegó cuatro puntapiés a cada uno.